

# RECUERDOS DE LA CONVENCION DE AGUASCALIENTES

*Francisco VELA GONZALEZ*  
*Sociedad Neoleonesa de His-*  
*toria, Geografia y Estadistica*

LA PODEROSA DIVISION DEL NORTE, mandada por el general Francisco Villa, había dejado de obedecer al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza, por causas que no es posible analizar en la brevedad de esta exposición, por lo que el general Pablo González, jefe del Cuerpo de Ejército del Noreste, con el patriótico deseo de solucionar el conflicto, propuso, con aprobación del Primer Jefe, la celebración de unas conferencias que tuvieron lugar en la ciudad de Torreón, en julio de 1914, concertándose un pacto que de nada sirvió, pues el conflicto siguió en pie.<sup>1</sup>

Es muy importante observar que uno de los artículos del citado pacto especificaba que, al tomar posesión de la presidencia provisional de la República, el Primer Jefe convocaría a una convención integrada por jefes del Ejército Constitucionalista, a razón de un delegado por cada mil hombres de tropa. Esta convención tendría principalmente el objeto de formular el plan de Gobierno a seguir y fijar la fecha en que deberían celebrarse elecciones, pero lo raro del caso es que entonces ninguna de las dos facciones se acordó de la existencia del Ejército Libertador del Sur, mandado por el general Emiliano Zapata.

A mediados de agosto de 1914, después de celebrados los tratados de Teoloyucan para la rendición y licenciamiento del Ejército Federal, Carranza envió una carta en la que proponía al general Zapata una entrevista con miras a unificar las dos facciones.<sup>2</sup> Se debe advertir que ya desde el principio de la Revolución, en mayo de 1913, Carranza había invitado al general Zapata a secundar el Plan de Guadalupe;<sup>3</sup> y su hermano Jesús Carranza, en julio de 1913, escribió desde Matamoros una carta muy conciliatoria en la que expresaba al general Zapata que su causa era "hermana de la nuestra",<sup>4</sup> pero nada bueno resultó de estos intentos de acercamiento.

A fines de agosto de 1914, gracias a la intervención de

Juan Sarabia, viejo compañero de luchas del general Antonio I. Villarreal, se arregló que este último y el licenciado Luis Cabrera fueran comisionados por el Primer Jefe para ir a Cuernavaca a conferenciar con Zapata, con objeto de buscar la unificación revolucionaria.

Sarabia había encontrado al general Zapata muy inclinado a un entendimiento, pero cuando se presentaron los comisionados Villarreal y Cabrera, estaba ya muy cambiado de ánimo, debido a la nociva influencia de su secretario Palafox y de un ex-federal de apellido Serratos, quienes insistieron en que para iniciar las pláticas de unificación era preciso que Carranza y todos sus generales firmaran un acta de reconocimiento del Plan de Ayala, sin cambiarle ni una coma.<sup>5</sup> Resultaba pues evidente que no querían pactar con Carranza, pues ya estaban de acuerdo con la facción villista para unificarse en contra del último. Por invitación del general Villarreal tuve la oportunidad de viajar con ellos a Cuernavaca, donde en conversaciones privadas con algunos de los jefes allí presentes, pude darme cuenta de que estaban en favor de un arreglo pacífico y muy disgustados con la camarilla de consejeros del general Zapata, considerándolos indeseables.

El general Álvaro Obregón, después de la ocupación de la ciudad de México, había solicitado permiso del Primer Jefe para ir a Chihuahua con objeto de solucionar el conflicto surgido entre el general Villa y Carranza. Regresó portador de unas proposiciones firmadas por Villa y él mismo,<sup>6</sup> las que don Venustiano acordó poner en conocimiento de la Convención que estaba por reunirse en la capital. A mediados de septiembre, contra las advertencias de muchos, volvió el general Obregón a Chihuahua tratando de mediar en el conflicto con Maytorena, pero ya entonces halló que Villa había cambiado de opinión, al grado de que estuvo a punto de fusilarlo, motivo por el cual Carranza, alarmado, ordenó cortar el tráfico con la región ocupada por la División del Norte. Esta medida hizo que el general Villa se violentara y lo desconociera definitivamente el 22 de septiembre de 1914.<sup>7</sup>

La Convención, acordada en los convenios de Torreón, fue convocada por Carranza para el día primero de octubre. A ella asistieron sólo gobernadores y generales leales al Primer Jefe, pues los de la División del Norte, aunque habían aceptado concurrir no lo hicieron después de que el general Villa desconoció la autoridad del Primer Jefe. Los zapatistas también fueron invitados, pero no concurren.<sup>8</sup>

Carranza se presentó ante la Convención de México el 3 de octubre, y después de leer un informe sobre la situación

general del país, terminó diciendo que entregaba el poder a los delegados allí reunidos, que eran quienes se lo habían conferido.<sup>9</sup> En vista de que la Convención carecía de las representaciones villista y zapatista, varios generales encabezados por Obregón y Blanco, de acuerdo con los principales jefes villistas, determinaron proseguir las labores de la misma en la ciudad neutral de Aguascalientes, a partir del 10 de octubre, de manera que la renuncia del Primer Jefe no fue aceptada por lo pronto para discutirla en la nueva sede de la Convención.

Para entonces la Revolución se encontraba peligrosamente dividida en tres poderosos bandos: el constitucionalismo leal, el constitucionalismo en franca rebelión contra la Primera Jefatura y el zapatismo, por lo que la ambición máxima de todos los revolucionarios sinceros era evitar la lucha armada entre las facciones, estando casi todos dispuestos para ello a sacrificar a los jefes que los habían conducido al triunfo. Tal era la situación cuando se iniciaron los trabajos de la Gran Convención de Aguascalientes el día 10 de octubre de 1914, procediéndose desde luego a elegir nueva mesa directiva, de la cual resultó Presidente el general Antonio I. Villarreal, indudablemente uno de los hombres mejor preparados con que contaba la Revolución.

Nuevamente fui designado para acompañarlo a esa ciudad en unión de varios oficiales y su secretario particular, el viejo periodista Santiago R. de la Vega; por esto tuve la oportunidad de asistir a casi todas las sesiones, primero como ayudante del general Villarreal, entonces gobernador del Estado de Nuevo León, y después como delegado en representación del general tabasqueño Luis Felipe Domínguez.

En una de las primeras sesiones, el general Eduardo Hay propuso que la asamblea se constituyera en *Convención Soberana*, lo cual fue desechado por oposición del elemento villista, sólo para ser aprobado en la sesión siguiente, cuando fue propuesto nuevamente por el mismo general Villarreal. La prensa de la capital criticó acremente la soberanía de la Convención, medida que la mayor parte de los delegados estimaron indispensable para poder evitar el choque armado entre las facciones. Es de notar que los proponentes de esta idea eran de filiación "carrancista".

Tanto Carranza como el general Villa fueron invitados a tomar parte en la Convención, ya fuera personalmente o por medio de delegados. El primero estimó no ser conveniente su asistencia, pero Villa aceptó, presentándose en la sesión del 17 de octubre, y aunque tenía representante personal, el

coronel Roque González Garza, hizo la protesta de cumplir los acuerdos de la Convención, firmando en el blanco de la bandera como lo habían hecho con gran solemnidad todos los delegados desde el día en que la Convención se declaró soberana.

El general Villarreal quiso aprovechar el fin de semana para ir a Querétaro con objeto de cambiar impresiones con don Pablo González; y en el camino nos contó que en la sesión de en la mañana, a la que no pude asistir, el general Villa había dicho más o menos estas palabras: "Bueno, ya les firmé en la bandera y me retrataron, pero si sacan otra vez a Carranza, les advierto que habrá balazos, y no me digan después que soy traidor." En otros términos, todo lo que Villa esperaba de la Convención era que le quitaran a Carranza de enmedio. Es muy significativo que apenas iniciada la Convención, es decir el 12 de octubre, Villa escribió a su amigo y proveedor de armas, Sommerfeld, diciéndole no haber esperanzas de evitar el conflicto, que él no permitiría que Carranza siguiera en el poder y que pronto se iniciarían las hostilidades.<sup>10</sup> Actitud semejante había adoptado cuando se celebraban los convenios de Torreón, pues entonces telegrafió a su admirador y amigo el general Scott, inquiriendo cuál sería la actitud del gobierno americano en caso de un rompimiento definitivo con Carranza.<sup>11</sup> En otras palabras, parece que la idea fija del general Villa era eliminarlo a toda costa, sin reparar en la posibilidad de que él también podría ser un obstáculo para la unificación revolucionaria.

El general Felipe Ángeles, que durante el gobierno maderista había combatido al zapatismo en forma muy efectiva, fue comisionado para invitar personalmente al general Emiliano Zapata a que enviara una delegación a la Convención de Aguascalientes, fue recibido con honores en Cuernavaca y logró su propósito, aunque si bien concurrió a Aguascalientes un numeroso grupo de zapatistas, éstos llegaron con el carácter de Comisión Observadora y no como verdadera delegación. Se les esperaba desde el 26 de octubre, pero estimaron oportuno ir primero a Guadalupe, Zacatecas, para presentar sus respetos al general Villa.

Tan luego como fueron recibidos en la Convención, el viejo periodista Paulino Martínez, presidente de la Comisión, pidió la palabra para exponer los puntos de vista del ejército suriano, y después de atacar acremente a Madero, lo que con el tiempo habría de costarle la vida, propuso se aceptara el Plan de Ayala como condición previa para que el Ejército del Sur mandara sus delegados. Le siguió en el uso de la

palabra el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, quien con mucha prudencia dijo que se inclinaba reverente ante la memoria de Madero, agregando que ellos solamente pedían la aceptación de los principios del Plan de Ayala.

Quisiera hacer notar que cuando el general Villarreal y el licenciado Cabrera fueron a Cuernavaca a conferenciar con el jefe del ejército suriano, sus consejeros insistieron en la aceptación incondicional del Plan de Ayala tal como estaba escrito, es decir, que Carranza y todos sus generales deberían subordinarse a Zapata, sólo por el derecho de antigüedad, mientras que *ahora pedían la aceptación de sus principios únicamente*. De haber sido menos intransigentes, hubiesen pasado por México a saludar al Primer Jefe y ofrecerle sus buenos oficios para mediar entre las dos poderosas facciones constitucionalistas, lo cual sí hubiera sido una labor verdaderamente patriótica y noble.

EN LA SESIÓN DEL 27 DE OCTUBRE, la primera a la que asistió la comisión zapatista, el licenciado Díaz Soto y Gama provocó un escándalo tal que muy bien pudo haberle costado la vida, pues en el calor de su perorata estrujó violentamente la bandera nacional próxima a la tribuna, diciendo estas palabras: "Yo nunca firmaré en esta piltrafa indecente" (textual). Inmediatamente salieron a relucir muchas pistolas; el orador fue insultado duramente, pero resistió el embate y terminó su discurso en medio de atronadores aplausos.

El coronel Roque González Garza, representante personal del general Villa, tratando de ganarse la simpatía de los comisionados zapatistas, dijo con exagerados ademanes y gritos, que estaba de acuerdo con todo lo dicho por Soto y Gama y para demostrarlo pidió se pusieran de pie todos los delegados de la División del Norte que estuvieran de acuerdo con los principios del Plan de Ayala, pero la astuta maniobra le falló rotundamente, pues los delegados, sin excepción, se pusieron inmediatamente de pie.

En las sesiones siguientes fueron aprobados, sólo con modificaciones en su redacción, los artículos del Plan de Ayala que eran de principios, aunque para ello se perdió mucho tiempo en discusiones bizantinas y ataques personales.

En la sesión del 29 de octubre se leyó al fin un interesante dictamen sobre el memorial enviado por Carranza a la Convención el día 23, en el que, después de juiciosas consideraciones, ofrecía retirarse del poder, previo el cumplimiento de tres condiciones, a saber: *Primera*: que se estableciera un gobierno provisional capaz de llevar a cabo las re-

formas políticas y sociales que el país necesitaba; *Segunda*: que el general Francisco Villa renunciara a la jefatura de la División del Norte, retirándose como él a la vida privada, o bien expatriándose ambos si lo acordaba la Convención. *Tercera*: que el general Emiliano Zapata también saliera del país, entregando sus fuerzas al gobierno de la Convención.<sup>12</sup>

El dictamen que recayó sobre el citado memorial fue preparado por las Comisiones Unidas de Guerra y Gobernación, integradas ambas por elementos carrancistas y villistas de reconocido valer y prestigio como Álvaro Obregón, Raúl Madero, Felipe Ángeles y otros, quienes de hecho aceptaron las condiciones impuestas por Carranza, sólo que se precipitaron a cesarlo, junto con el general Villa, es cierto, pero antes de hacer efectiva la primera condición.

El dictamen en cuestión comenzaba con una declaración que mucho honor hace a Carranza, al decir: "... La asamblea no hace cargos al C. Carranza y aprecia en lo que vale su labor revolucionaria, pero que cree indispensable la aceptación de que se retire del poder para la organización formal del Gobierno de la República a base de la unidad revolucionaria." Seguían otras juiciosas consideraciones y terminaba ofreciendo una serie de proposiciones concretas para ser discutidas y votadas independientemente: 1ª: Cesaban en sus funciones respectivas tanto Carranza como el general Villa; 2ª: Se proponía la elección de un Presidente Provisional; en la 4ª: se concedía a Carranza el grado de General de División a partir de la fecha del Plan de Guadalupe, lo cual equivalía a hacerlo el divisionario de mayor antigüedad; en la 6ª se suprimían las jefaturas de cuerpos de ejército y de divisiones, pasando sus jefes "el general Villa inclusive" a depender de la Secretaría de Guerra del gobierno Convencionista.<sup>13</sup> (El general Raúl Madero, según mis apuntes, firmó "Con la salvedad del primer artículo, por encerrar dos proposiciones y estar incluido el general Villa en el artículo sexto.")

Tal parece que Raúl Madero no estaba de acuerdo con la separación de su jefe, lo cual me hace pensar que Villa, a pesar de todos sus defectos, tenía cualidades que fascinaban a sus subalternos, así como Napoleón fascinaba a sus generales a tal grado que uno de ellos dijo una vez: "... Yo no temo ni a Dios ni al diablo, pero cuando me acerco a él tiemblo como un chiquillo y me arrojaría al fuego por él." Quizá por eso los americanos lo llamaban el "Napoleón Mexicano" y eso explica que generales de tanto mérito y tan conscientes como Ángeles, Aguirre Benavides, Raúl Madero, el mismo coronel Roque González Garza, así como muchos otros jefes

y elementos civiles hayan podido subordinarse en forma tan decidida.

Después de aprobado en lo general el dictamen mencionado, se procedió a la discusión de cada proposición en particular. Indudablemente la más debatida fue la primera, relativa a la separación de los dos grandes caudillos. En la madrugada del 31 de octubre una gran mayoría votó en favor del debatido punto. Sólo veinte, quizá tan fanáticos como los villistas renuentes a la separación del jefe de la División del Norte, votamos en contra. En la actualidad somos ya muy pocos los supervivientes, entre ellos el general José Inocente Lugo, el profesor Félix Neira Barragán, de Saltillo, los generales Samuel M. Santos, Salvador González y Federico Silva, además del autor de estas reminiscencias. La aceptación mayoritaria del cese de Carranza y Villa de ninguna manera significa que unos u otros hayan traicionado a sus respectivos jefes, sino que tanto los "villistas" como los "carrancistas" estábamos convencidos de ser esa la única solución práctica que se podía dar al conflicto, es decir que, cuando menos hasta allí, ambos grupos obraban con desinterés y patriotismo.

En la noche del 1º de noviembre se procedió, conforme a la segunda proposición del dictamen, a la elección del Presidente Provisional de la República, sin saberse por supuesto si los dos afectados iban a aceptar las decisiones de la Convención. Había varios candidatos, entre los que figuraban los generales Juan Cabral, Eulalio Gutiérrez y Antonio I. Villarreal, siendo este último evidentemente el más viable, pues contaba, por supuesto, con toda la delegación "carrancista" y muchos "villistas".

De resultar Villarreal electo, el curso de la historia hubiera sido muy diferente, pero por desgracia los "zapatistas", principalmente Soto y Gama, por alguna razón, no lo aceptaban y habían intrigado tanto contra él, que se vio obligado a renunciar a la presidencia de la Convención. Después de largas discusiones preliminares, se acordó que la elección sería a las 10 de la noche. Los zapatistas habían pedido voto para la discusión de los principios del Plan de Ayala, pero lo declinaron en la elección de Presidente Provisional, primero porque en realidad no eran aún delegados, y segundo, porque si Villarreal triunfaba, como parecía muy posible, no estarían obligados a aceptar su elección.

Recorriendo los corrillos me di cuenta perfecta de que el general Villarreal tenía todas las probabilidades de resultar electo, pero tomando en cuenta la actitud de los zapatistas,

me acerqué al general Obregón, quien me escuchó con mucha atención cuando expresé mi convicción de que si Villarreal resultaba electo, no habría unidad revolucionaria, pues era evidente que los zapatistas no lo aceptarían. Obregón, sin tomar un segundo siquiera para pensarlo, me contestó con viveza más o menos así: "Sacaremos presidente a Villarreal y si los zapatistas no lo quieren, los batiremos unidos con la División del Norte que tendrá que aceptar la elección."

Como no me pareció muy acertada la actitud del jefe sonorense, pues no era muy factible la unión que él proponía, ni justo que nos reuniéramos para lograr la unificación revolucionaria y luego resultar combatiendo a una de las facciones, pensé inmediatamente en ir a la residencia del general Villarreal para comunicarle mis temores y lo que pensaba Obregón. Pronto estuve a su lado, lo encontré muy serio, dando vueltas en su aposento y visiblemente preocupado. (A propósito debo decir que no dudo que tuviera esperanzas de resultar electo, pero es absolutamente falso, como ha sido malévolamente propalado, que ya estuviera vestido de etiqueta esperando ser llamado.) Le conté lo que me acababa de decir el general Obregón; se quedó viéndome unos instantes y luego me dijo: "Si los zapatistas no me aceptan, es preferible elegir a Eulalio que también es de los nuestros... Dígale usted a Obregón que voten por Eulalio y no por mí para que no haya más dificultades." Volví corriendo a la Convención, localicé a Obregón en uno de los corrillos y apenas le hube informado lo que por mi conducto mandaba decir el general Villarreal, nuevamente sin pensarlo un solo momento y, sin duda, confiando en mi palabra, se puso activísimo, comunicando a todos los grupos la necesidad de votar por "Eulalio". Protesto por mi honor decir en todo esto la verdad y no de memoria, pues durante esos días tuve el cuidado de escribir notas breves que aún conservo y que después amplié, cuando estos acontecimientos estaban aún frescos en mi mente.

A veces he creído que quizá cometí un error al haber influido de esta manera para hacer cambiar los acontecimientos, pues ahora creo que el general Villarreal sí hubiera logrado la separación efectiva tanto de Villa como de Carranza, pero por otro lado había la seguridad de que mientras el general Zapata tuviera a su lado hombres como su secretario y algunos de los que mandó a la Convención, no hubiera sido posible la unificación revolucionaria. Si me equivoqué en esto, la responsabilidad histórica recae sobre la Comisión Zapatista, que lejos de actuar como mediadores, lo cual hubiera sido su papel patriótico, sólo fueron a envenenar el am-



biente y a aliarse con uno de los bandos para combatir al otro.<sup>14</sup>

Se llevó a cabo la elección y, como era de esperarse, resultó triunfante por mayoría abrumadora, la candidatura del general Eulalio, Gutiérrez, hombre humilde, honesto y gran patriota, de quien mucho se esperaba, pues contaba con las simpatías de las dos facciones constitucionalistas y la aprobación de los zapatistas. Nunca olvidaré mientras viva, aquellos emocionantes momentos, pues todos, salvo muy contadas excepciones, creímos entonces que el horroroso fantasma de una guerra de facciones se había desvanecido. Apenas se hizo la declaratoria de Eulalio Gutiérrez como presidente electo, cuando todos, como un solo hombre, nos pusimos de pie, aplaudiendo frenéticamente, muchos vertiendo lágrimas de alegría, gritando vivas a "Eulalio", a Villa, a Carranza, a Zapata, a México y a la Revolución. Nos abrazábamos efusivamente unos a otros porque creíamos sinceramente haber obtenido un gran triunfo incruento sobre nosotros mismos.

UN POCO DESPUÉS DE MEDIA NOCHE, al terminar aquella histórica sesión, salimos todos radiantes de alegría del Teatro Morelos, sede de la Convención, para acompañar al "señor Presidente" hasta su residencia, y una vez que lo hubimos despedido con nuevos abrazos, seguimos en ruidosa manifestación nocturna, gritando constantes vivas y disparando al aire las pistolas, mientras las campanas de las iglesias repicaban alegremente y las locomotoras de la estación atronaba el aire con sus resonantes silbatos.

En medio de una alocada gritería, llegamos frente al edificio del Banco Nacional, en cuyos altos estábamos alojados el general Villarreal y sus acompañantes, y tan luego como este último salió a recibirnos, tomaron la palabra Eugenio Aguirre Benavides primero y Manuel García Vigil después, coincidiendo ambos en pedirle que retirara su renuncia a la presidencia de la Convención, a lo cual contestó Villarreal agradeciendo la manifestación, congratulándose de la elección de Eulalio Gutiérrez y diciendo que nunca había tenido las ambiciones que Soto y Gama le achacaba. Seguimos rumbo al monumento de don Benito Juárez en donde hizo uso de la palabra el coronel Roque González Garza, pero como era ya muy tarde y no hubo más oradores, allí se disolvió la bullanguera manifestación y renació la calma en la amedrentada población, que por supuesto no sabía la causa de tanto entusiasmo y a tan avanzada hora de la noche.

Desgraciadamente, como al despertar de un sueño agradable y darse uno cuenta de que sólo ha sido un sueño, pron-

to comenzó a decaer el entusiasmo pues el mismo día 1º de noviembre salieron en la prensa de México unas declaraciones del Primer Jefe, en las que en forma comedida hacía notar a la Convención que aún no había presentado su renuncia, sino que solamente había enunciado las condiciones bajo las cuales estaba dispuesto a hacerlo y terminaba ratificando su promesa formal de retirarse inmediatamente después de que se encontrara asegurado ante la "Junta" el cumplimiento de las condiciones que había fijado para retirarse.

Al día siguiente comenzaron a recibirse noticias de que el general Francisco Coss y otros del mismo grado se negaban a reconocer el "cese" de don Venustiano Carranza, por no estar cumplidas las referidas condiciones.

Considerado este asunto serenamente después de tantos años transcurridos, parece que el Primer Jefe tenía toda la razón. Si las comisiones dictaminadoras habían aceptado de hecho las condiciones por él impuestas para entregar el poder, lo lógico era cumplirlas y no tratar de arrebatarlo prematuramente. Si se hubiera organizado un gobierno provisional y en seguida invitado tanto a Carranza como a Villa para que en un acto solemne ante la Convención hicieran entrega de sus mandos, podría haberse organizado un homenaje apoteótico, imponiéndoles áureas medallas y despidiéndolos con todos los honores militares para desempeñar honrosas comisiones en el extranjero. El general Zapata quizá no hubiera aceptado entregar su ejército, pues la historia demuestra su desconfianza a las promesas, pero sin duda hubiera suspendido la lucha si de inmediato se empezaba a repartir tierras a sus sufridos coterráneos.

La situación se agravó ese mismo día con la entrada de fuerzas villistas a la ciudad de Aguascalientes. Los representantes de la División del Norte, al ser interrogados en la Convención sobre el motivo de aquella violación de la neutralidad, contestaron evasivamente que las tropas habían llegado en busca de provisiones, y cuando alguien preguntó al general Ángeles si también los cañones buscaban provisiones, el ametrallado artillero, ya en traje de campaña, contestó furioso que sus fuerzas habían entrado para proteger a la Convención. (Este detalle no lo he visto mencionado por los escasos cronistas de la Convención).

El mismo día don Pablo González, desde Querétaro, envió un telegrama para decir que, violada la neutralidad de la ciudad de Aguascalientes con la entrada de fuerzas de la Divi-

sión del Norte, consideraba nulos los acuerdos de la Convención.

Ya para el 3 de noviembre se habían retirado la mayor parte de los delegados "carrancistas" y los pocos que cometimos la locura de quedarnos no salíamos de nuestro asombro al considerar las palabras del general Angeles y ver que contra el acuerdo expreso de la Convención, sus fuerzas todavía permanecían en Aguascalientes.

En esa fecha fue leída un acta según la cual los generales Angeles y Robles habían pedido a Villa que enviara un telegrama, diciendo estar dispuesto a retirarse del mando de la División del Norte, a cuyo requerimiento respondió que estaba no sólo dispuesto a ello para la salvación de la patria, sino que proponía que la Convención ordenara que tanto él como el señor Carranza fueran pasados por las armas. Me causó tanta indignación aquella loca bravata, que inmediatamente pedí la palabra y dije en forma nerviosa y mal hilvanada que *la proposición del general Villa era sólo una demostración de patriotería ridícula* y para dorar la pildora agregué que tanto uno como el otro eran hombres necesarios para la Revolución y que sus méritos no deberían ser compensados con el fusilamiento, repitiendo al final que la proposición era un acto de patriotería ridícula. Después de la sesión varios delegados me recomendaron prudencia en mis palabras, mientras un joven de la galería me felicitó diciendo que así era necesario hablar.

Mi representado, el general Luis Felipe Domínguez, telegrafió con instrucciones de que pidiera la reconsideración del "cese" de Carranza y, en caso de no aceptarse, me retirara de la Convención. El general José I. Robles negó su autorización al telegrama en que contesté estar de acuerdo con la petición, pero que sólo mi firma me retenía en la Convención. Samuel M. Santos sí autorizó el telegrama.

El 5 de noviembre, la Convención, ya enteramente dominada por el elemento villista, tomó el acuerdo de conceder a Carranza un plazo que fenecería el 10 de noviembre a las 6 de la tarde para reconocer al general Eulalio Gutiérrez como Presidente Provisional y entregarle el poder.

Gutiérrez tuvo una conferencia telegráfica el 6 de noviembre con Carranza *asegurándole que Villa se había retirado de hecho* y que tan luego como él, Carranza, aceptara los acuerdos de la Convención, *se retiraría de una manera absoluta* (!!). El mismo día rindió su protesta ante la Convención, aunque el acto ya no revistió la espontánea emotividad de la noche de su elección. Una de sus primeras medidas fue llamar al licen-

ciado José Vasconcelos para "hacerle frente a Carranza y al bandido de Villa".<sup>15</sup>

Ese día fue leído un anodino manifiesto en el que, sin derecho alguno, se incluyeron las firmas de todos los delegados a sabiendas de que muchos de ellos ya no estaban en la Convención. (En el manifiesto que se ha publicado faltan las firmas de los últimos delegados aceptados por la asamblea, incluyendo al autor de estas líneas quien entonces no usaba el apellido materno.)<sup>16</sup>

Como la sesión permanente fue suspendida y se citó para el día 8, el doctor Daniel Ríos Zertuche y el que escribe aprovechamos el receso para ir a Silao, donde se encontraba don Pablo González, con propósito de hablar sobre la peligrosa situación a que nos estaban arrastrando los torpes acuerdos de la Convención. "Creí que ya no volverían", nos dijo don Pablo al recibirnos con evidentes pruebas de afecto, pues los dos habíamos estado con él en Monclova al principio de la Revolución. Se quejaba de tener dos deberes que cumplir, por un lado su lealtad hasta entonces indiscutible al Primer Jefe y por otro sus compromisos con la Convención debido la firma de su representante. No estuvo de acuerdo cuando le manifestamos nuestra intención de regresar a Aguascalientes, argumentando que si todos los leales a Carranza nos retirábamos, entonces sus enemigos seguirían tomando acuerdos sin oposición, "pero ya que lo hacen —dijo—, vayan inmediatamente a entrevistar a 'Eulalio' y háganle ver la necesidad imperiosa de que Villa entregue sus fuerzas", y que entonces él, González, estaría con la Convención.

Convencidos de la gran importancia de la misión, regresamos a Aguascalientes y a la mañana siguiente fuimos a hablar con don Eulalio. Nos recibió con sus acostumbradas bromas: "Qué milagro que vienen en su juicio", dijo, pero cuando ya en serio le transmitimos el mensaje de don Pablo González, nos contestó en forma tan evasiva que salimos de su casa decepcionados y convencidos de que el bueno de don Eulalio no iba a poder controlar al indómito general Francisco Villa.

Los generales Alvaro Obregón, Eugenio Aguirre Benavides, Antonio I. Villarreal y Eduardo Hay, fueron comisionados para entregar personalmente a Carranza la contestación que se daba a su memorial del 23 de octubre, es decir, el dictamen ya citado que comenzaba disponiendo el "cese" tanto de él como del general Villa. Don Venustiano dejó pasar unos días antes de recibirlos, esperando se serenaran los ánimos;

al fin los dejó pasar a Córdoba, donde los atendió el 8 de noviembre.

Con esa misma fecha, sus ayudantes prepararon la respuesta que firmó y fue enviada a la Convención. En ella hacía varias consideraciones, cuya importancia merece un estudio detenido, para terminar con dos proposiciones concretas que esperaba fueran recibidas con el mismo espíritu con que las planteaba, es decir, el de ahorrar al país un nuevo sacrificio de sangre. Primera, entregaría el poder y el mando del ejército tan luego como la "junta" de Aguascalientes designara al Presidente que *en definitiva se encargara de gobernar al país por todo el periodo preconstitucional necesario para llevar a cabo las reformas sociales y políticas que exigía la Revolución*.<sup>17</sup> (Decía "en definitiva" porque el general Gutiérrez había sido electo sólo por veinte días, a cuyo término se esperaba recibir la aprobación del general Zapata).

Debe notarse muy especialmente que en esta segunda comunicación Carranza se mostraba menos exigente, pues había retirado la tercera de sus condiciones, o sea la referente al retiro del general Zapata. Me parece razonable inferir que cuando los generales arriba citados se entrevistaron con el Primer Jefe, ya habían decidido no volver a la Convención a pesar de su juramento y firma en la bandera, pues tenían que haber considerado los siguientes puntos: 1º La actitud del general Ángeles al violar la neutralidad de la ciudad de Aguascalientes y declarar abiertamente que sus tropas habían venido a proteger a la Convención. 2º Al darse cuenta de que no obstante los acuerdos de la Convención especificaban la fecha del cese tanto de Carranza como del general Villa para el 5 de noviembre, aún ese día 8 Villa estaba al frente de la División del Norte y ofrecía sus servicios a la Convención; en cuanto a Carranza, éste tenía la disculpa de que sus condiciones no se habían cumplido y además la misma Convención le había prorrogado el plazo hasta el día 10 para la entrega del poder. 3º Casualmente este ultimátum a Carranza era otro de los motivos que los cuados generales tenían para no volver, pues hacerlo equivalía a entregarse al enemigo; y 4º Colocados en la disyuntiva de decidir a cuál bando debían afiliarse, era natural que entre la "dictadura" del Primer Jefe y la violencia y el desenfreno del general Villa, no hubiera lugar a duda alguna en cuanto a la elección, sobre todo para Obregón, quien estuvo a punto de ser fusilado por el divisionario del Norte. Naturalmente,

el general Eugenio Aguirre Benavides volvió al lado de su jefe, hubiera sido fácil no hacerlo, pero es seguro que ya su lealtad estaba muy mermada como lo veremos más adelante.

El mensaje del Primer Jefe fue leído en la memorable sesión del 10 de noviembre, pero la mayoría villista opinó que no era de tomarse en cuenta, puesto que don Venustiano no tenía ninguna representación en la asamblea. Para lograr su discusión fue necesario que el doctor Daniel Ríos Zertuche y el autor lo calzáramos con nuestras firmas, dando lugar a que el general Robles dijera que yo no tenía derecho a firmar pues ya no representaba a nadie, a lo cual contesté que estaba allí sólo para hacer honor a mi firma. Luego habló el ex-federal zapatista Serratos, diciendo, sin venir al caso, que Carranza era culpable de que las avanzadas zapatistas y constitucionalistas se estuvieran hostilizando en Xochimilco, y que Zapata era un hombre tan bueno que había llorado de emoción el día en que liberó a un grupo de oficiales y soldados carrancistas en la ciudad de Cuernavaca. Inmediatamente repliqué que en cuanto a las fricciones en Xochimilco, podía pedirse explicaciones al general Lucio Blanco, allí presente, por ser jefe de las fuerzas constitucionalistas en dicho sector, y en cuanto a las lágrimas del general Zapata, sentía informar que *faltaba a la verdad, pues durante el citado acto de liberación yo había tenido la suerte de estar junto al jefe suriano y no había observado tales muestras de emoción*. Esto sucedió durante la entrevista del general Villareal y el licenciado Cabrera con Zapata. (Después de este incidente me llenó de satisfacción que don Paulino Martínez se acercara para decirme que la Comisión Zapatista no se hacía solidaria con lo dicho por Serratos, a quien calificó de "cómico").

Después de estas acostumbradas aunque necias digresiones y ataques personales se empezó por fin a discutir el telegrama de Carranza, cuyas proposiciones eran perfectamente factibles, y sin embargo fueron rechazadas porque según los villistas sólo se trataba de maniobras dilatorias del Primer Jefe mientras se preparaba para la guerra.

En la sesión vespertina sucedió algo muy grave que llenó de consternación a los pocos carrancistas que quedábamos allí: Se estaban discutiendo, como casi siempre, asuntos baladíes, cuando alguien gritó en la galería: "*¡Son las seis de la tarde!*" De manera instintiva todos los que tenían reloj lo sacaron para comprobar la hora deseada por muchos y temida por nosotros, al mismo tiempo que el general Robles con mucha

seriedad, poniéndose de pie, dijo: “En estos momentos, la Convención Soberana de Aguascalientes declara rebelde al C. Venustiano Carranza.” Entonces sucedió lo increíble, lo que no era de esperarse ante tan fatídica declaratoria, pues la intransigente mayoría villista contestó con una sonora salva de aplausos, como si se tratara del anuncio de una gran victoria sobre el enconado enemigo.

Esta declaratoria provocó intensa actividad telegráfica. Los generales aún leales al Primer Jefe enviaban patrióticas excitativas a la Convención, al general Gutiérrez, al mismo Carranza y al general Villa, tratando a toda costa de evitar el conflicto armado. En la Convención, por supuesto, no se hizo caso a estos mensajes pues se seguía creyendo que sólo eran maniobras para ganar tiempo.

El mismo día 10 de noviembre, Villa se dirigió a Zapata comunicándole que al día siguiente emprendería su avance sobre la ciudad de México y le pidió su cooperación.<sup>18</sup> Obregón telegrafió al general Villa diciéndole haber llegado el momento de demostrar que era un verdadero patriota, que si se ausentaba temporalmente del país el Primer Jefe entregaría el poder el día 20 de noviembre, y ese gesto le convertiría en uno de los más grandes hombres de la Revolución y ya no se dispararía un solo cartucho.<sup>19</sup>

Eulalio Gutiérrez cometió entonces el más grande error de su vida al contestar a todos esos mensajes llenos de patriotismo y deseos de paz, que al iniciarse las hostilidades con Carranza, la Convención había acordado nombrar a Villa Jefe de las Operaciones contra los rebeldes a su gobierno. Don Pablo González contestó sin demora que desde ese momento rompía con la Convención y se apostaba a “...luchar contra bandidos villistas”.

A pesar de esto, el general Gutiérrez hizo un loable esfuerzo más, pues en una conferencia personal que solicitó con el general González, logró convencerlo de que fuera a entrevistar a Carranza, concertándose un armisticio mientras don Pablo trataba de lograr una solución pacífica del conflicto.

El 14 de noviembre don Pablo telegrafió desde Córdoba, diciendo que don Venustiano proponía en definitiva que tanto él como el general Villa salieran inmediatamente del país y que el general Gutiérrez asumiera la presidencia. Ésta fue la tercera tentativa del Primer Jefe para evitar una nueva conflagración. Hubiera sido sencillísimo cumplir con lo pedido, si el general Villa pudiera haber sido convencido, pero entonces esto parecía del todo imposible.

Las proposiciones del Primer Jefe, algo modificadas pero en el fondo las mismas, aparecieron confirmadas en la prensa de México el día 15, y el general Robles, ministro de Guerra de la Convención, dijo, como para dar el tiro de gracia a la anhelada paz, que las condiciones últimas de Carranza no eran aceptables, ¿por qué razón? Ese mismo día las fuerzas del general Villa arrollaban a las mandadas por el general Teodoro Elizondo, quien perdió en esta acción cerca de 5,000 hombres entre desertores y prisioneros.

Mientras Villa avanzaba sobre México y don Pablo González se retiraba rumbo a Pachuca, el gobierno convencionista se trasladaba a San Luis Potosí; la Convención, ya sin *quorum* legal, había elegido una Comisión Permanente, que, como era de esperarse, resultó presidida por el coronel Roque González Garza, representante personal del general Villa.

UNA VEZ OCUPADA LA CIUDAD de México por las fuerzas villistas y zapatistas, la Comisión Permanente de la Convención se trasladó de San Luis a la capital, reanudando sus sesiones en la Cámara de Diputados el día 5 de diciembre. En la primera sesión se presentó la proposición de elegir nueva mesa directiva, a lo cual se opuso vigorosamente el coronel González Garza, diciendo en una de sus fogosas peroratas: "...*Olvidan sus señorías que yo soy el representante personal del general Villa*", pero a pesar de esta amenaza, la proposición triunfó por nueve votos contra seis, resultando electos: el general Martín Espinosa para presidente; Guillermo García Aragón, vicepresidente; el profesor David G. Berlanga, secretario, y Saúl V. Gallegos, tesorero.

La situación en la capital se estaba poniendo cada día más peligrosa pues ya para el día 7 había sido asesinado el profesor Berlanga; el general García Aragón se encontraba preso en el carro del general Villa para protegerlo de los zapatistas, que al fin lo fusilaron; don Paulino Martínez fue después asesinado por los villistas, según parece, como consecuencia de su discurso contra Madero en la Convención de Aguascalientes.

En estas condiciones, los pocos carrancistas que aún estábamos en la Convención decidimos entrevistar al general Eulalio Gutiérrez, a quien francamente manifestamos nuestros deseos de salir rumbo al Norte para reanudar la lucha, en lo cual estuvo de acuerdo, pues nos facilitó su propio tren para que escapásemos, deplorando al hecho de no poder irse con nosotros. Al tratar lo referente a la conducta de Villa, nos



dijo estas palabras, que protesto haber escrito el mismo día que las oímos: "...Ustedes no saben que cuando lo nombré Jefe de las Operaciones del Ejército Convencionista, tuvieron que venirlo a alcanzar hasta Lagos con la orden, sólo así podía someterlo a la Convención." La orden era para que detuviera su marcha y no provocara un conflicto.

El 21 de diciembre en la madrugada salimos de Tacuba en el tren del general Gutiérrez. Viajábamos en ese famoso *tren de la Libertad* las siguientes personas: general Martín Espinosa, presidente de la Comisión Permanente; Saúl V. Gallegos, tesorero de la misma; general Enrique W. Paniagua, coronel M. C. Daniel Ríos Zertuche, coronel Miguel A. Peralta, Agustín García Balderrama, el doctor Felipe Gutiérrez de Lara y el autor, pues aunque había pensado no tomar parte en la lucha de facciones para volver a mis interrumpidos estudios de medicina, me sentí nuevamente arrastrado por la corriente revolucionaria y además porque tenía motivos para temer ser sacrificado como lo había sido David G. Berlanga.

El coronel Vito Alessio Robles, entonces inspector de Policía, y Dionisio Marines eran de los comprometidos a salir con nosotros pero no se presentaron, agradeciéndoles, sin embargo, sobre todo al primero, que resultó ser más villista que Villa, el haber guardado el secreto de nuestra escapatoria.

He querido llegar a este punto para demostrar palmariamente que desde esa fecha dejó de existir lo poco que quedaba de la famosa Convención, primero porque la gran mayoría de los delegados ya se encontraban ocupando sus puestos de combate en sus respectivos bandos y, segundo, porque en realidad la Convención estaba ilegalmente representada por su Comisión Permanente, elegida en San Luis sin *quorum* y además ésta quedó desintegrada al salir de México, con nosotros, el presidente de la misma, general Martín Espinosa, el tesorero Saúl V. Gallegos y al haber sido villanamente asesinados en la misma capital el vicepresidente, general Guillermo García Aragón y el secretario, teniente coronel David G. Berlanga.

Al llegar a San Luis Potosí nos causó grave preocupación encontrar que el general Herminio Álvarez, gobernador del Estado, tenía órdenes directas del general Villa de aprehender a los "delegados prófugos que traían consigo la bandera y los fondos de la Convención". Afortunadamente el general Álvarez, a quien debemos la vida y eterno agradecimiento, lejos de cumplir la orden, nos proporcionó una máquina para seguir rumbo a Saltillo y nos cambió por papel moneda cons-

titucionalista los \$ 60,000 que el tesorero Gallegos llevaba en "sábanas" villistas.

Fuimos recibidos cordialmente en Saltillo por el general Luis Gutiérrez, quien estaba muy disgustado por la conducta de su hermano Eulalio, y luego el general Villarreal nos invitó a pasar a Monterrey donde también nos recibieron jubilosamente.

Mientras tanto el general Eulalio Gutiérrez se hallaba en grandes dificultades con sus aliados villistas y zapatistas, por lo que se preparaba para abandonar la ciudad de México, lo cual decidió el 16 de enero de 1915, al enterarse que el día anterior, su ministro de Guerra José Isabel Robles, había recibido órdenes directas del general Villa de pasarlo inmediatamente por las armas.<sup>20</sup>

El hecho de que el general Eulalio Gutiérrez abandonara la ciudad de México, de ninguna manera puede considerarse como una defección, como dice el profesor Quirk, pues no podía deber ninguna lealtad a un subordinado que, como Villa, en su propia casa lo había amenazado pistola en mano y, debiendo ser él quien recibiera órdenes, llegaba a ordenar al Presidente no abandonar la ciudad de México sin su permiso.<sup>21</sup>

Los que se sustrajeron a la autoridad del general Villa y en favor del verdadero Gobierno Convencionista fueron sus propios generales Robles, Almanza, Aguirre Benavides y el mismo Lucio Blanco, que ya había abandonado el Constitucionalismo, convencidos todos ellos, aunque demasiado tarde, de no convenir a los intereses del país que un hombre como el Jefe de la División del Norte, a despecho de sus grandes méritos como soldado, se fuera convirtiendo en dictador.

El general Gutiérrez, al salir de México con lo que pudo salvar de su gobierno, no renunció a la presidencia más o menos legal conferida por la Convención de Aguascalientes y no entregó el poder hasta el 2 de junio de 1915, cuando ya todos lo habían abandonado.<sup>22</sup>

En consecuencia, el gobierno establecido por el coronel Roque González Garza era una necesidad, pues la ciudad de México necesitaba alguna autoridad; desintegrada la Convención, no había quien le confiriera la presidencia, y aunque hubiera existido tal cuerpo, no podía nombrar un Presidente, porque el titular, sin abandonar su investidura, sólo había cambiado de residencia.

Unas cuantas palabras más para comentar la influencia desfavorable de la política de los Estados Unidos con relación a los conflictos internos de nuestro país, debida a que

sus agentes confidenciales, dominados por el poderoso magnetismo personal del general Villa, se hacían, quizá sin darse cuenta de ello, "tan villistas como Villa" y lo presentaban ante su gobierno, como por ejemplo el agente Cánova durante los días de la Convención de Aguascalientes, como "el único hombre capaz de establecer la paz y la confianza"; opinando que su salida del país (como lo estaba pidiendo Carranza) conduciría a la anarquía, y que "una buena pelea" (casualmente lo que la Convención trataba de conjurar) "sería benéfica", pues Carranza se encontraría con fuerzas insuficientes y tendría que salir fuera del país, si bien le iba.<sup>23</sup>

"Es irónico —dice el profesor Quirk— que mientras Wilson y Lansing buscaban la manera de eliminar a Carranza, el jefe revolucionario que de veras luchaba por el establecimiento de un gobierno de orden y legalmente constituido, ellos mostraban la más extraña afinidad por Villa, el más desordenado de los jefes de facción en la Revolución Mexicana.<sup>24</sup>

Finalmente, y en honor a la verdad, deseo hacer patente el hecho de que fueron los generales constitucionalistas leales al Primer Jefe quienes en las Conferencias de Torreón, en Cuernavaca, en Zacatecas y después en Aguascalientes, hicieron hasta el último momento los más encomiables esfuerzos para evitar el conflicto armado, aun a costa de sacrificar a su propio jefe, Carranza; pero todos sus esfuerzos se estrellaron ante la arrogancia del general Villa, quien elevantonado por sus indiscutibles y grandes triunfos militares y por la adulación de los agentes del gobierno americano creía, tal vez de buena fe, que era el escogido y el único capacitado para restablecer el orden y la paz, mediante la lucha armada y la eliminación de los que no se sometieran a su autoridad.

Se enfrentaron pues dos facciones contra una; se ensangrentó como nunca el suelo de la patria, pero al fin triunfó el verdadero constitucionalismo y los ideales de la Revolución Mexicana cristalizaron en la Constitución de 1917.

Siempre he creído que la desastrosa guerra que siguió a la Convención de Aguascalientes pudo haberse evitado si se hubiera hecho un sincero esfuerzo por llegar a un sano entendimiento entre las facciones, o si hubiera habido menos intransigencia de parte de los que se creían más fuertes. Sigo sosteniendo que la actitud del Primer Jefe ante la Convención fue digna y patriótica hasta el último momento, por eso he creído un deber dar a conocer estos recuerdos de los acontecimientos de entonces, pues el tiempo vuela, ya somos

muy pocos los supervivientes de aquellas históricas jornadas y no se ha hecho justicia plena a don Venustiano Carranza, el hombre que fue sin lugar a dudas el más noble y el más esforzado paladín que haya producido la Revolución Mexicana.

## NOTAS

1 M. GONZÁLEZ RAMÍREZ (ed.): *Planes políticos y otros documentos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1954, pp. 152-157. (Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana, I.)

2 Juan BARRAGÁN RODRÍGUEZ: *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, México, 1946, Vol. II, p. 11.

3 Isidro FABELA: *Documentos históricos de la Revolución Mexicana: I. Revolución y régimen constitucionalista*. México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 493.

4 *Ibid.*, p. 95.

5 Manuel W. GONZÁLEZ: *Contra Villa*, México, Ediciones Botas, 1935, p. 370.

6 ALVARO OBREGÓN: *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, pp. 179 ss.

7 *Ibid.*, p. 208.

8 Robert E. QUIRK: *The Mexican Revolution, 1914-1915*, Indiana University Press, 1960, p. 60.

9 *El Pueblo*, México, D. F., 4 de octubre de 1914.

10 QUIRK: *ob. cit.*, p. 103.

11 *Ibid.*, p. 41.

12 Archivo Casasola: *Historia gráfica de la Revolución Mexicana*, II, pp. 834-837.

13 FRANCISCO RAMÍREZ PLANCARTE: *La ciudad de México durante la revolución constitucionalista*, México, Ediciones Botas, 1941, p. 205.

14 Martín Luis GUZMÁN: *El águila y la serpiente*, México, 1959, p. 315.

15 José VASCONCELOS: *La tormenta*, México, Editorial Jus, 1958, p. 122.

16 Archivo Casasola: *ob. cit.*, p. 841.

17 *Ibid.*, p. 845.

18 Isidro FABELA: *ob. cit.*, p. 391.

19 Alvaro OBREGÓN: *ob. cit.*, p. 122.

20 Robert E. QUIRK: *ob. cit.*, p. 166.

21 José VASCONCELOS: *ob. cit.*, p. 149.

22 Archivo Casasola: *ob. cit.*, p. 948.

23 Isidro FABELA: *ob. cit.*, II. *La intervención norteamericana en Veracruz*, p. 171.

24 QUIRK: *ob. cit.*, p. 282.